



que había dicho, y les libró de las manos de los hijos de Israel (1).

Aunque Josué cometió una falta no consultando el oráculo del Eterno, como estaba obligado en todas las ocasiones importantes, no se ve, sin embargo, que Dios le castigase por haber perdonado á los gabaonitas. Se ve, por el contrario, que este juramento de alianza, arrancado desde luego por la astucia, pero ratificado, sin embargo, por respeto al nombre del Señor, que allí se ve invocado, vino á ser una ley sagrada é inviolable. Habiendo Saul, primer rey de los judíos, llevado hasta allí sus golpes, Dios castigó á todo Israel, hasta que dió á los gabaonitas una satisfacción completa (2). Es, pues, de presumir que si Josué hubiera consultado el oráculo, se le hubiera respondido que hiciese poco más ó menos lo mismo. A la verdad, existía la orden de exterminar los pueblos

(1) Josué, 9.

(2) 2 Reg., 21.

de Canaan, entre otros el de Gabaon, los Heveos; esto se entiende naturalmente de los que resistirían, que sería necesario atacar y subyugar á viva fuerza. En cuanto á los que acababan de someterse bajo todas las condiciones, sobre todo aquellos que, como los gabaonitas, vendrían en nombre de Jehová, Dios de Israel, le reconocían por el Dios verdadero; no habiendo nada dispuesto la ley á este propósito, era muy natural tratarles con misericordia. Josué lo dió bien á entender cuando observa que, á excepcion de Gabaon, ninguna ciudad pidió la paz á los hijos de Israel, y ninguna mereció como ella la clemencia (1). Lo que todavía confirma esta opinion, es que la posadera ó la ramera Rahab, no solamente fué perdonada con todos los suyos, sino incorporada al pueblo de Dios: casó con Salmon, de la tribu de Judá, y vino á ser así uno de los antepasados de David y del Mesías.

(1) Josué, 11, 19 y 20.

CAPÍTULO III

Derrota y muerte de los cinco reyes enemigos de Gabaon.—Lluvia de piedras.—Lo que esta tenía de maravilloso.—Josué detiene el sol.—Dificultad de este milagro.—Su recuerdo entre los antiguos pueblos.—Toma de ciudades y derrota de los reyes cananeos.—Conducta de Dios para con los individuos, las naciones y la humanidad culpables, y particularmente para con los cananeos.—Colonias cananeas.—Semejanza de sus costumbres con las de la madre patria.—Motivos de la conservacion momentánea de ciertas poblaciones

La sumision voluntaria de los gabaonitas, unida á la destruccion de Jericó y de Hai, afectó tanto más á los pueblos de Canaan, cuanto que Gabaon era una gran ciudad. Hai tenia unos doce mil habitantes, pero Gabaon era mucho más considerable; era como una capital de reino. En efecto: las ciudades de Cafira, Beroth y Cariathiarim parecian haber estado bajo su dependencia; por otra parte, todos estos habitantes eran muy valientes y aguerridos. Para impedir que su ejemplo no contaminase á otros, Adonisedec, rey de Jerusalem, marchó sobre Gabaon con otros cuatro reyes, que como él reinaban sobre los amorreos: Oham, rey de Hebron; Faram, rey de Jerimonth; Jafia, rey de Lakis; y Dabir, rey de Eglon. A la aproximacion de estos cinco reyes, los gabaonitas enviaron á pedir auxilio á Josué. Y el Eterno le dijo: «No les temas, porque yo les he entregado en tu mano; ninguno de ellos podrá resistirte.» Subiendo Josué de Gálgala, durante toda la noche, echóse sobre ellos de improviso y obtuvo una gran victoria. Mientras huían los enemigos, Dios hizo llover sobre ellos una granizada terrible y piedras muy gruesas, y murieron muchos más de las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel pasaron á cuchillo. Entonces Josué habló á Jehová, y dijo en presencia de los hijos de Jacob: «Sol, detente sobre Gabaon; y tú, luna, sobre el valle de Aifalon.» Y paráronse el sol y la luna; y no hubo antes ni despues un dia tan largo, obedeciendo el Señor á la voz de un hombre, y peleando por Israel.

Los cinco reyes habian huido y se habian

escondido en una cueva de la ciudad de Maceda. Habiéndolo sabido Josué en medio de su victoria, mandó á los que le acompañaban, y dijo: «Rodad grandes piedras á la boca de la cueva, y poned hombres diligentes que guarden á los que están encerrados. Y vosotros no esteis así parados, sino id siguiendo á los enemigos, y matad á los fugitivos que se vayan quedando atrás, y no dejéis entrar á guarecerse en sus ciudades á los que ha puesto el Señor en vuestras manos.» Habiendo, pues, hecho gran matanza en los enemigos, casi hasta el punto de no dejar uno de ellos con vida, los que pudieron escapar de los israelitas se metieron en las ciudades fortificadas. Y se volvió todo el ejército hacia Josué á Maceda, en donde á la sazón estaba el campamento, salvo y sin haber perdido un solo hombre. Entonces Josué mandó abrir la entrada de la cueva y que le trajesen los cinco reyes. Cuando estuvieron en su presencia, llamó á todos los hombres de Israel y dijo á los jefes del ejército que estaban con él: «Id y poned el pié sobre los cuellos de estos reyes.» Ellos llegaron allí, y mientras tenían el pié sobre su cuello, añadió: «No temais, ni os acobardeis, confortaos y tened valor, porque el Eterno hará del mismo modo con todos vuestros enemigos, contra los cuales combatiréis.» Despues de esto Josué les hizo golpear y quitar la vida, y les mandó colgar en cinco maderos, y estuvieron colgados hasta la tarde, que se arrojaron sus cadáveres á la cueva, en donde se habian ocultado, con grandes piedras á la entrada.

Tal fué la memorable victoria que Dios con-



cedió á Josué para defender á los gabaonitas. Esto demostraba que aquellos mismos que habia condenado al exterminio, no recurrían en vano á su misericordia.

Habia además otra enseñanza.

Lo que puede ser conocido de Dios, sus perfecciones invisibles, su eterno poder y su divinidad, Dios lo ha hecho visible, dice San Pablo, por las cosas que ha hecho desde la creacion del mundo; de suerte que aquellos que le desconocen y no le glorifican, son inexcusables (1). En el extravío de su corazón, los egipcios y los cananeos trasladaban la gloria del Dios incorruptible á cosas corruptibles; en vez del Creador, que es bendito en todos los siglos, servían á la criatura, al sol, la luna, la tierra, el mar, los ríos, las plantas, los animales, los hombres, los reyes. El Eterno hiere con grandes golpes para despertar á estos desgraciados adormecidos y para hacerles ver que, siendo él solo el único dueño de todas las cosas, él solamente debe ser soberanamente adorado. Hiere en Egipto á los dioses de Egipto, el Nilo, el aire, la tierra, las plantas, los animales, los hombres, los reyes; para aquellos á quienes tan grandes lecciones no convierten, entreabre el mar y les absorbe vivos. Estos terribles golpes resonaron á grandes distancias; lo vemos por las palabras de Rahab y de los embajadores de Gabaon. Para especial instruccion de los cananeos, detiene la rápida corriente del Jordan, y amontona sus aguas á la vista de todo el país, destruye por el sonido de las trompetas los muros de Jericó. Los que imploran la piedad de su pueblo, aunque de fraudulenta manera, los protege milagrosamente contra sus enemigos. Abruma á estos con grandes piedras de lo alto de los cielos: estas son las palabras del texto. Estos pueblos adoraban al sol bajo el nombre de Baal, y la luna bajo el de Astartés ó Astaroth: les inmolaban la sangre de sus hijas. El sol y la luna ayudarán á castigarles por estas abominaciones; el sol y la luna obedecerán á la voz del hombre, que combate á sus criminales adoradores en nombre del Dios de Israel. El sol y la luna se detuvieron hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos. El

(1) Rom., 1, 19 y 20.

sol se detuvo por esto en lo alto de los cielos y no se puso durante el espacio de un día; de suerte que un día vino á ser como dos. Tales son las palabras expresas de la Escritura (1). Imposible es no ver que el Dios de Israel es dueño de todo: del sol, de la luna, de las estrellas, de la tierra, del mar, de los ríos, de las tempestades, de las plantas, de los animales, de los pueblos, de los reyes, de la vida y de la muerte; imposible es no ver que él solo es grande, que él solo es poderoso; en una palabra, que él solo es EL QUE ES.

Este milagro fué visible para toda la tierra. Así, cualesquiera que sean los tiempos históricos que han precedido entre los demás pueblos, descúbrense, sin embargo, recuerdos de ellos en sus antiguas tradiciones. Las de los chinos hablan de un día que duró muchos días y causó diversos incendios (2).

Algo parecido se ve entre los griegos y romanos en su fábula ó alegoría de Phaëton, que, conduciendo el carro del sol, prolongó mucho el día y faltó poco para incendiar el Universo. Las tradiciones griegas y latinas hablan también de una doble noche que dió origen á Hércules, y segun los cálculos de un sábio francés, coincide con el doble día de los hebreos (3).

Cuando Josué dijo: «Detente sol,» habló como habla todo el mundo, aún los que saben bien que el movimiento aparente de este astro es debido al movimiento de rotacion de la tierra sobre su eje. A la súplica de Josué, la tierra cesó de girar sobre su eje, sin que por eso cesara su marcha anual al rededor del sol, ni cambiara sus relaciones con los demás planetas. Dios, que la dotó de uno y otro movimiento, podía á su voluntad suspender el uno sin el otro, ó bien suspender los dos.

En cuanto á la lluvia de piedras, diremos que no es una cosa tan rara y extraña que caigan piedras de las nubes, ó aerolitos, sin que por esto se sepa aún bien de dónde proceden, ni cómo se forman. Se citan varios ejemplos en la antigüedad y en los tiempos modernos. Uno

(1) Josué, 10, 13.

(2) Martini, *Historia de la China*, lib. I.

(3) Chambard, *Elementos de geología*, págs. 289 y siguientes.



de los más singulares, es la lluvia de piedras que precedió á la emersion admirable de la isla de Santorin, fuera del archipiélago, en el año 1707, con estas circunstancias entre otras: un ruido espantoso, análogo al que producen las grandes piezas de artillería, ó el trueno, se dejó sentir por espacio de varios días, durante los cuales se vió levantar del mar, á la manera de cohetes, una prodigiosa cantidad de piedras, que fueron á caer á cinco millas de distancia del lugar de donde habian salido. Lo maravilloso del hecho de que habla Josué, no consiste precisamente en que cayera una lluvia de piedras, sino en que cayera con tanta oportunidad que aplastó á los cananeos, sin causar daño alguno á los hebreos. Josué supo aprovecharse de la victoria. En el mismo día tomó á Maceda, de donde salió para apoderarse de Lebra, y de allí marchó sobre Lakis, á quien también tomó despues de dos días de sitio. Horam, rey de Gazer, habiéndose presentado á socorrer á Lakis, fué derrotado por Josué, de tal suerte, que no quedó un hombre que lo pudiera contar. Se hizo dueño también de Eglod, de Hebron, de Dabir, de las montañas, de la llanura, desde las fronteras de Egipto hasta Gabaon; en una palabra, de toda la parte meridional del país de Canaan. Trató á los reyes como habia hecho con los de Jericó y de Hai. Todo esto fué asunto de una sola campaña; despues volvió con todo Israel al campamento de Gálgala (1).

Pero cuando Jabin, rey de Asor, en la extremidad septentrional, oyó todas estas cosas, envió mensajeros á Jabab, rey de Madon, y á los reyes de Madon, Semeron y de Achsaf, despues Ptolemaida, y á los reyes del Septentrion, que habitaban en las montañas y en los llanos de la parte austral de Ceneroth ó del lago de Genesareth, asimismo á los de las campiñas y de las regiones de Dor, junto al mar, y á los cananeos de Oriente y de Occidente, y á los amorreos y hetheos, y á los ferezeos y jebuseos de las montañas, y á los heveos que habitaban en las faldas del Hermon, parte del monte Libano, en el territorio de Masfa, al otro

(1) Josué, 10, 28-43.

lado del Jordan. Y salieron todos con sus tropas, pueblo tan numeroso como la arena que está en la playa del mar, y con ellos una gran multitud de caballos y de carros. Y juntáronse todos estos reyes en las aguas de Merom, en la parte septentrional de Canaan, para pelear contra Israel. Marchó Josué contra ellos, y el Eterno le dijo: «No los temas, porque yo mañana á esta misma hora te entregaré todos estos para que sean pasados á cuchillo á vista de Israel. Cortarás los nervios de sus caballos y quemarás sus carros.» Josué cayó de improviso sobre ellos con su ejército, les acuchillaron y persiguieron hasta Sidon la Grande y hasta el campo de Maseredot y hasta el campo de Masfé, que está hácia el Oriente. Ninguno pudo escaparse. Volviendo de repente sobre sus pasos, tomó á Asor, que habia sido hasta este momento la capital de todos estos reinos, la destruyó por el fuego y exterminó al rey y á todos sus habitantes. Hizo lo mismo con las ciudades y con los reyes de otros reinos. No preservó del fuego más que las ciudades situadas en las alturas, como más propias para dominar sobre todo el país. Todo lo que el Eterno habia mandado á Moisés, y Moisés á Josué, este lo ejecutó sin olvidar nada, sin omitir una sola palabra. En cinco ó seis años, derrotó á treinta y un reyes y conquistó treinta y un reinos, desde los confines de Egipto y de la Idumea hasta el Libano y Sidon. A excepción de los heveos, que habitaban en Gabaon, ninguna ciudad habló de paz á los hijos de Israel; así que todas las tomó por la fuerza de las armas. El Eterno habia dejado endurecerse su corazón de manera que atacasen á su pueblo, para que no mereciesen ninguna gracia y fuesen así exterminadas (1).

Se ve aquí la severidad de Dios respecto de los que abusan de su paciencia. Habiendo creado al hombre libre, le tolera, le sostiene, sin aprobarle sus desvarios, sus faltas, sus pecados; le sostiene para que el arrepentimiento los borre; le sostiene no sin fin y sin medida; llega un punto en que hiere de muerte y castiga eternamente. La tolerancia de Dios es templada de justicia y misericordia. Por eso vemos que

(1) Josué, 11, 19 y 20.